

brados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando, con muestras de ánimo indignado, le dijo: «—¿Vienes á ver, por ventura, oh fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten 5 sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado^a Nero, el incendio de

a. ...desapiadado Nero. C.3, A.2, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP. — ...des-
apiadado Nerón. ARG.1,2, BENJ. — ...des-
piadado Nerón. MAI.

7. ...como otro despiadado. — La voz *desapiadado* que se puso en la edición de 1608, como corrección al texto de las otras dos de Juan de la Cuesta, impresas en 1605, debe tenerse por enmienda de última hora, hecha por persona extraña, puesto que Cervantes, en el *Viaje del Parnaso*, que vio la luz pública en 1614, usó de la palabra *despiadado* en el terceto 89 del cap. 3:

«Con un rebenque *despiadado* y fiero.»

Asimismo, en el libro I, cap. 7, del *Persiles* terminado en 1615, dijo nueva mente:

«El hierro y *despiadado* acero ha amenazado tu garganta.»

Por tanto, es inverosímil que el novelista escribiese, en los años 1605, 1614 y 1615, *despiadado*, y que él mismo fuese el autor del *desapiadado* que se lee en la tercera de Cuesta. Por estos y otros motivos se ha negado, en la *Introducción*, que nuestro ingenioso escritor corrigiese, como afirmó Pellicer, la última de estas ediciones.

Quien «mató á su padre, á su hermano y su madre; su maestro Séneca, y su mujer», como sin retórica alguna escribe Lope, bien merecido tiene el epíteto que, como cifra y compendio de sus crueldades, le dió el autor del *Ingenioso Hidalgo*.

7. *Nero*. — De las dos formas con que suele escribirse esta palabra, *Nero* fué casi siempre la predilecta de los poetas:

«Como lo supiese *Nero* — muy de presto hubo mandado
Por no usar de piedad — que á Paulina hayan atado...»
(ROMANCERO. *La muerte de Séneca*.)

«Cual cisne cantando muero — en la agradable ribera,
Donde de mi primavera — coge el tierno fruto *Nero*...»
(ROMANCERO. *Muerte de Lucano*.)

«De Sardanápalo á *Nero*
¿Qué quieres decir, Fortuna?
— Que non he culpa ninguna
Al segundo, nin primero.»
(M. DE SANTILLANA. *Bías contra Fortuna*.)

«Estos doy de los judios;
Á *Nero* de los gentiles,
Que por consejeros viles
Fizo tantos desvarios.»
(GÓMEZ MANRIQUE. *Regimiento de principes*.)

su^a abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al^b de su padre Tarquino^c? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que más gustas; que, por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos 5 que se llamaron sus amigos.

— No vengo, oh Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, — respondió Marcela, — sino á volver por mí misma^d, y á dar á entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y, así, ruego á todos los que 10 aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi

a. ...tu abrasada. ARG.1,2, BENJ. —
b. ...el. CL., RIV., ARG.1,2, BENJ., FK.
Así lo exige la corrección gramatical;
pero ¿quién se atreve á cortar el torren-
te de la inspiración y pedir al novelista
que vuelva al camino de la gramática?
= c. ...su padre Servio Tulio. ARG.1,2,
BENJ. = d. ...por mí mismo. BR.1,2.

7. *No vengo, oh Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho*. — Á todo el discurso de Marcela se pudiera responder: «Metafísica estás...» Entre la alta filosofía del amor, tan gallardamente expuesta por Santa Teresa, y la idea del amor que, tomada de los neoplatónicos, pone Cervantes en boca de la pastora, media la distancia, la inmensa distancia, que separa al que, siendo espontáneo y natural, pone, en cuanto escribe, su alma, del que, sin el calor propio de la inspiración, no hace sino remozar lo que otros inventaron.

12. ...para persuadir una verdad á los discretos. — «Clemencin, que mira mal y con demasiada ojeriza este discurso de Marcela, la cual tiene la desgracia de ser lo que debe ser y de hablar como debe hablar; el comentador, que llama á este discurso *sermón afectado, ridiculo*, y no sé qué más, así como da á Grisóstomo el apodo de *majadero*, etc., se deja cegar por la pasión, y corrige así: «Para persuadir una verdad tan clara á los discretos.» Si dijera *para recordar*, no estaría mal la corrección. Pero una verdad tan clara no se persuade, lo que indica fuerza, ó, por lo menos, raciocinio; y la verdad que quiere señalar Marcela no es tan clara, supuesto que ellos no la veían y muchos la negaban. ¡Es así como comenta el discurso *físico-polémico-crítico-apologetico* de la *descocada y desembarazada, bachillera y silogística* pastora! (1)» (URDANETA. *Cervantes y la crítica*, pág. 573.)

(1) Todos estos epítetos usa el censor en su juicio sobre estas palabras del texto. Si se internara en el campo de la literatura de aquellos tiempos, ¿qué de cosas no diría de otros discursos no menos cargados de las cosas que él repugna! Léase, por lo menos, el *Romancero*; encuéntrese á Abindarráez, y Jarifa, y el rey Chico, y el conde de Cervellón, y tantos que pudiera citar, si no temiera cometer una necedad en ello. Véase, sobre todo, el teatro, para hallarse y tropezarse á cada paso con esas cosas, hoy de fastidio y entonces de gusto y muy usadas.

hermosura, y, por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado, lo que es
5 amado por hermoso, á amar á quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso^a fuese feo, y, siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: «Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo.» Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos,
10 que no todas ^b hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que, si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían^c de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y, según yo he oído
15 decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea^d, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades^e? Cuanto más que habéis de considerar
20 que yo^f no escogí la hermosura que tengo, que, tal cual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella^g; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos^h del alma, sin lasⁱ cuales el cuerpo, aunque lo^j sea, no debe de parecer hermoso. Pues, si la honestidad es una de las vir-
25 tudes que al cuerpo y ^k alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder, la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas

a. ...lo que es amado por hermoso que el amador de lo hermoso. BR._{1,2}. = b. ...todas las hermosuras enamoran. TON., CL., RIV., ARG._{1,2}, BENJ. = c. ...en cuál habrían de parar. A.₂, CL., RIV., GASP. = d. ...me hiciera fea. RIV. Si no es errata, ¡qué atrevimiento! = e. ...me amaseis. MAI. = f. ...que no escogí. ARR. = g. ...sin yo pedirla ni escogerla. MAI. = h. ...adorno. BR._{1,2}. = i. ...los. CL.,

RIV., FK. Plácemes merece Clemencín por haber leído muy discretamente los en vez de las; y, con todo eso, no le seguimos, por ser nuestro norte y guía respetar el texto tradicional, aun con sus deficiencias gramaticales, en todos aquellos casos en que el absurdo debe ser expulsado de los dominios del buen sentido. = j. ...aunque sea. L.₁. = k. ...y al alma. TON.

é^a industrias procura que^b la pierda? Yo nací libre, y, para poder vivir libre, escogí^c la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destes arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura^d. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. Á los que
5 he enamorado con la vista, he desengañado con las^e palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna^f á Grisóstomo ni á otro alguno, en fin^g, de ninguno dellos, bien se

a. ...y industrias. L.₁. Que entre las reglas eufónicas no era fija la de cortar el concurso de dos *ies*, lo prueba este ejemplo, en oposición á la inmensa mayoría, en que no se perfilaba con tanto miramiento. = b. ...procura la pierda. A.₁, PELL. = c. Yo nací libre escogí. L.₁. = d. ...y hermosuras. GASP. = e. ...con

palabras. A.₁. = f. ...alguno. C._{1,2}, BR._{1,2}. = g. En todas las ediciones se lee *el fin*, menos Arrieta, que lo suprime y modifica la frase de este modo: ...otro alguno bien se puede decir. Hartzenbusch (y Benjumea, que le sigue), en las de Argamasilla, lo substituye por *si*; y en su libro *Las 1633 notas* se lee *del fin*.

8. ...ni á otro alguno, en fin, de ninguno dellos. — La Real Academia Española, en su última edición de 1819, sobre este lugar dice lo que sigue: «Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, *el fin de ninguno dellos*, bien se puede decir que antes le mató su porfia que mi crueldad.» Así se halla este pasaje en las dos primeras ediciones. En la de 1608, está puntuado en esta forma: «Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, *el fin de ninguno dellos*, bien se puede decir, etc.» La Academia cree que, ó sobran las palabras *el fin de ninguno dellos*, ó, lo que es más regular, faltan, para la buena sintaxis, otras que se omitieron por descuido de los impresores.» (Tomo I, pág. 354, nota n.º 44.)

Pellicer, en el tomo I, pág. 281, nota n.º 136, escribe: «Ni sobran, ni faltan palabras; ni el autor, ni el impresor, merecen ser culpados.»

Cree Arrieta salvar la dificultad, y dice: «Autorizados por la Academia, hemos omitido las palabras: *el fin de ninguno dellos*.»

Oigamos á Clemencín: «El presente pasaje, que en las más de las ediciones es ininteligible, queda claro con la puntuación que le dió D. Juan Antonio Pellicer.»

Olvidan los censores de esta cláusula, los que la tachan de ambigua, que la construcción de la frase de nuestros clásicos era entonces más compleja que en la actualidad. Un escritor moderno hubiera dicho, consultando sólo la claridad: «Este desengaño tan general ha de servir á cada uno de los que me escuchan de particular lección.»

El maestro, analizando la proposición, diría á sus discípulos: «El orden directo es el siguiente: «Este general desengaño sirva, de su particular provecho, á cada uno de los que me solicitan.» Y luego añadiría: «Al decir esto Marcela, era para advertir á los que la escuchaban que en modo alguno debían imitar á Grisóstomo.» Con poner entre comas la oración incidental á cada uno de los que me solicitan, queda perfectamente claro el sentido.

En 1863, Hartzenbusch decía: «No habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno *el sí de ninguno dellos*. *El fin* se lee en las demás ediciones.» (Nota al tomo I, pág. 324.)

puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por está estaba obligada á corresponder á ellos, digo que, cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este^a desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mí mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razón que de su pena se me dé á mí la culpa^b. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de^c su particular provecho; y entendiéndose, de aquí adelante, que, si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado^d, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar á cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa per-

a. ...con todo ese desengaño. BENJ. = ARG._{1,2}, BENJ. = c. ...en su particular.
b. ...de su culpa se me dé á mí la pena. ARG._{1,2}, BENJ. = d. ...desdeñado. TON.

Llega el año 1874, y en el libro intitulado *Las 1633 notas á la edición fototipográfica*, dando nueva muestra de inseguridad en punto al texto del *D. Quijote*, afirma que: «Este pasaje debe imprimirse y entenderse así: «Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo, ni á otro alguno, del fin de ninguna de ellas (esto es, no habiendo yo dado á Grisóstomo, ni á otro hombre, esperanza alguna del fin de ninguna de sus esperanzas), bien se puede decir, etc.»

Más juicioso, más discreto que todos los comentadores, D. Ramón Cabrera, que, si no muchas, tiene algunas muy preciosas, puso la siguiente nota: «Á las palabras *el fin*, deben substituir estas otras, *en fin*; y con una tan leve alteración, y con puntuar el pasaje de otra manera que estaba, cuando no se haya acertado á dejar este lugar en los mismos términos que salió de manos de Cervantes, á lo menos se ha conseguido que haya sentido perfecto, y á propósito del punto que en él se trata.»

Á tan prudente dictamen nos hemos atenido, como habrá visto el lector.

Queda, pues, justificada la lección del texto, ya que ni D. Juan Calderón, con sus acostumbradas sutilezas, ni los demás anotadores, han logrado persuadirnos de la fuerza de sus argumentos.

judicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni^a los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito aquél; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene^b; tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. »

Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discreción como de su hermosura, á todos los que allí estaban. Y^c algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles^d voces dijo: «—Ninguna persona, de cualquier^e estado y condición que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes^f razones la poca

a. ...no los buscará. ARG._{1,2}, BENJ. = CL., RIV. = e. ...cualquiera. A._{1,2}, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, BENJ.
b. ...me entretienen. TON. = c. ...estaban. Algunos. TON. = d. ...é inteligibles voces. C.₃, BR._{1,2}, A._{1,2}, BOW., PELL., = f. ...claras razones. C.₃, BOW., A.₂, ARR., CL., RIV., GASP.

29. ...con claras y suficientes razones. — Así es como se lee en las ediciones de 1605; y esta es la verdadera lección. Marcela, en el presente lugar, trata de persuadir que de ninguna manera se le debía imputar la muerte del pastor Grisóstomo; y, en efecto, lo persuade no sólo de un modo claro y perceptible, sino también con un competente número de buenas razones; en pocas palabras, lo persuade con claras y suficientes razones. Si en la impresión de 1608 se omitió el adjetivo *suficientes*, fué seguramente porque al cajista se le pasó por alto, no porque Cervantes le quitase.

ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; á cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola^a la que con tan honesta intención vive. »

Ó ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que había de decir desta manera:

15 « Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
20 De una esquivá hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor. »

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar^b aventuras, que en cada calle y tras cada esquina^c se ofrecen más que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado^d todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose á despedir de

a. ...pues es menester que en él halle estima la que con tan honesta intención vive. ARG., BENJ. — ...pues merece que en él halle estima la que con tan honesta intención vive. ARG., BENJ. — b. ...por ser

lugar tan acomodado para aventuras. ARG., BENJ. = c. ...aventuras, que en cada esquina se ofrecen. L., 1. 2. = d. ...que hubiese despojado todas. FK. Parece más verosímil.

nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte^a.

a. ...dando aquí fin el segundo libro. BR., AMB., TON.

